

Emily  
Marshall

Ilustraciones de  
Chema  
García



# EL DROMEDARIO ROBADO



ANAYA

**EL DROMEDARIO  
ROBADO**

Emily  
Marshall

Ilustraciones de  
Chema  
García



# EL DROMEDARIO ROBADO

ANAYA

1.ª edición: octubre 2018

© Del texto: Emily Marshall, 2018  
© De la ilustración: Chema García, 2018  
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2018  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-698-4712-1  
Depósito legal: M-20049-2018  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas  
por la Real Academia Española en la nueva  
*Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.



*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

# Índice

1. ¿Qué pinta un dromedario en un rodeo?	13
2. La espuela de Jim MacClure . . . . .	29
3. El jeque Abdelaziz Al-Mitani . . . . .	47
4. La banda de Franky Zoopy . . . . .	63
5. El seguro de Bud Hill . . . . .	75
6. Zahoríes, canguros y dromedarios . . . . .	91
7. Carta robada, dromedario robado . . . . .	105
8. El primer sobresaliente de Ted . . . . .	117



**TED**

Tiene 11 años. Es muy aficionado a la fotografía, y sus fotos proporcionan a menudo las claves para resolver los misterios detectivescos.

**SARA**

Hermana de Ted, tiene 12 años. Es muy ordenada y hasta un poco empollona, pero no repelente. Sabe hacer maravillosas deducciones detectivescas.



**FRED**

Hay niños que se mueven por la ciudad en bicicleta. Pero Sara y Ted prefieren montar a Fred, su dromedario.

**MAGGIE**

La canguro, mascota de Sara y Ted. Es muy traviesa y tiende a meterse en líos.

Lake City

Poblad  
aborígenes

**ADRIAN FINNEGAN**

El *sheriff* de Lake City es, además, el padre de Sara y Ted. Es bonachón, despistado y algo tonto. Nunca se entera de nada, y resuelve los casos gracias a la intervención de sus hijos.

**LAURA KENT**

Es la madre de Sara y de Ted. Es lo contrario de su marido: es muy lista y una experta en informática. Gracias a ella, Sara y Ted saben mucho de ordenadores e internet.



Uluru

**JIM JIMSON Y JOHN  
JOHNSON**

Son los ayudantes del *sheriff* Finnegan. Son jóvenes, atolondrados, divertidos y, si cabe, aún menos listos que el *sheriff*.

**TOM NEVILLE**

Es el alcalde de Lake City. Es un hombre sencillo, amable y divertido. Su única pasión es viajar a bordo de una limusina roja.



# 1. ¿Qué pinta un dromedario en un rodeo?

COMO SÉ que a los lectores les aburren los rollos y me gusta ir al grano, he titulado este capítulo con una pregunta llamativa: ¿qué pinta un dromedario en un rodeo? Antes de responderla, sin embargo, habrá que plantear otra: ¿qué pinta un rodeo en mi ciudad, Lake City, que está en el centro de Australia?

En general, la gente identifica los rodeos con el Oeste americano. Se conocen los rodeos de Texas, de Arizona, de Nuevo México o de California, con vaqueros montados a caballo y haciendo equilibrios sobre toros. Pero ¿hay rodeos en Australia? Pues sí: el *outback* de Australia (así es como se llama la región menos poblada del país) es muy parecido al Oeste americano. Hay desiertos con arena y cactus, hay rebaños de vacas, hay ciudades polvorientas, hay *sheriffs* y, por descontado, hay rodeos.

Si no me creéis, no tenéis más que conectar el ordenador y poner en el navegador: [prorodeo.com.au](http://prorodeo.com.au). Os saldrá la página web de la APRA (*Australian Professional Rodeo Association*), que os pondrá al corriente de todos los rodeos que se celebran en Australia.

Así pues, en Lake City hay un rodeo cada año. Es una de las fiestas más divertidas de la ciudad, porque se llena de forasteros y de entretenimientos para niños. Se montan atracciones de todo tipo: montañas rusas, autos de choque, tómbolas y trenes de la bruja. También hay teatrillos de marionetas, cine al aire libre y tenderecillos con comida rápida, desde hamburguesas a kebabs.

En las afueras de Lake City se levanta una pista desmontable, con gradas de madera para un aforo de quinientas personas, donde tienen lugar las competiciones de lo que llamamos el Gran Rodeo Anual. Para que os hagáis una idea, os cuento algunas de las especialidades:

La *Saddle Bronc Riding* es una de las más conocidas. Consiste en intentar montar un caballo sin adiestrar. Gana el jinete que permanece más tiempo sobre el caballo antes de darse de bruces contra el suelo. (¡Los mejores especialistas pueden aguantar hasta 50 segundos!).

La *Bareback Bronc Riding* es lo mismo, pero con un caballo sin silla.

La *Bull Riding* es otra vez lo mismo, pero no sobre un caballo, sino sobre un toro (¡y sin silla!).

La *Rope and Tie* es muy emocionante. Consiste en soltar un ternero en la pista. El vaquero, sobre una montura, tiene que lanzar el lazo al cuello del ternero, detenerlo y sujetarlo con las manos. Gana el que lo hace en menos tiempo.

La *Barrel Racing* es una carrera a caballo, en la que el circuito se marca con barriles.



Y ya no continúo, porque creo que con esto basta para que os hagáis una idea. El espectáculo resulta muy variado, colorista y divertido. Hay quien lo considera pasado de moda, algo así como un residuo de la época en que Australia era un país de vaqueros garrulos e incultos, pero a las jóvenes generaciones les sigue gustando.

Además, los rodeos se han adaptado muy bien a los gustos del siglo XXI. Por ejemplo, en todas las especialidades, hay dos concursos paralelos: el del *cowboy* y el de la *cowgirl*. Las chicas cada vez participan más y consiguen muy buenas puntuaciones en las pruebas de habilidad. El año pasado, por ejemplo, Kate Winslow, de Perth, logró una marca de 58 segundos en la *Saddle Bronc Riding*. ¡Más que cualquier *cowboy*!

También se ha creado una categoría junior, en la que los chicos, en vez de montar caballos, utilizan ponis. Y, como complemento, se organizan concursos de bumeranes. Ya sabéis: son esos paños que se lanzan con fuerza, describen un círculo y regresan al punto de partida. ¿Lo habéis probado alguna vez? Si lo intentáis, notaréis que no vuelven al punto de partida, al menos en las primeras tentativas. No penséis que es un engaño bobo: persistid, entrenad duro y, al final, lo conseguiréis.

Acabada esta breve introducción, voy a empezar a contar la historia. Era un sábado del mes de junio y mi hermano Ted, mi madre y yo fuimos a dar un paseo por el Gran Rodeo Anual. Tal vez os preguntéis: ¿y mi padre? ¿No venía con nosotros? Respuesta: nunca nos acompaña porque, en su calidad de *sheriff* de Lake City, es el jefe del servicio de orden. De vez en cuando, nos llegaban fragmentos de conversaciones:

—... es un problema: habrá que hablar con el *sheriff* Finnegan...

—... no te preocupes, el *sheriff* Finnegan ha dicho que...

—... lo está estudiando el *sheriff* Finnegan, que...

En resumen, mi padre tenía un montón de trabajo y no podía acompañarnos ni a Ted ni a mí. Pero a mi madre le encantaba el rodeo. Además, aquel año, tenía preparada una sorpresa.

—Vais a presenciar algo nunca visto antes en un rodeo —nos dijo.

Ted y yo soltamos todo tipo de réplicas:

—¿Qué? ¿Qué?

—¿De qué se trata?

—¿Vendrá el campeón de Texas?

—¿Participará el alcalde Neville?

—¿Habrá marcadores de alta tecnología?

—¿Los jinetes montarán robots en vez de caballos?

Mi madre soltó una carcajada y contestó:

—No vas desencaminado, Ted.

—¿De veras habrá robots?

—No. Pero sé de alguien que montará algo que no es un caballo.

—Ya. ¡Pues un toro! —exclamó Ted.

—No. Ni un toro, ni una vaca, ni una ternera. Será algo nunca visto antes.

—¿Un cerdo vietnamita?

—¿Un dragón de Komodo?

—¿Un elefante?

—¡Tssss! No me agobiéis. En seguida lo veréis.

Nos sentamos en las gradas y vimos la actuación de un par de participantes del concurso de *Rope and Tie*. Entonces, la megafonía anunció:

—Siguiente participante: Bud Hill, de Lake City, montando a Tommy.

Mi madre sonrió, satisfecha, mientras Ted y yo nos mirábamos, asombrados. Bud Hill y su familia eran amigos nuestros y vivían en un rancho a un kilómetro de la ciudad. Teníamos en común algo bastante curioso: nos movíamos por Lake City montados no a caballo, sino en dromedario. Nuestro dromedario (como sabéis) se llama Fred, y el de los Hill, Tommy.



Así llega el momento de regresar a la pregunta con la que empezaba el capítulo: ¿qué pinta un dromedario en un rodeo? Pues respondo en seguida.

Bud Hill apareció junto a la valla, montado en Tommy. A su lado estaba la portezuela de madera del box desde la que tenía que salir el ternero. En la parte superior de la grada, estaban los jueces del concurso, junto a un enorme marcador electrónico con un cronómetro digital. Uno de los jueces hizo una seña y dijo:

—Preparados, listos, ¡ya!

El cronómetro se puso en marcha y se abrió la portezuela.

El ternero salió disparado. Le siguió en seguida Bud Hill montado en Tommy. Era un dromedario ágil y muy elegante. Sus piernas eran tan largas y delgadas que parecía flotar en el aire más que trotar. Alcanzó en seguida al ternero y Bud Hill tiró el lazo, que sujetó el cuello del animal y lo retuvo. Hill desmontó de un salto, cogió el ternero y lo tumbó en el suelo.

Miré al cronómetro, asombrada. ¡Habían pasado solamente 47 segundos!

El resultado subió de inmediato al marcador electrónico. La clasificación, en sus cuatro primeras posiciones, quedó establecida del siguiente modo:

- 1: Bud Hill, 47 segundos.
- 2: Jim MacClure, 56 segundos.
- 3: Mike MacGregor, 57 segundos.
- 4: Algernon Blackwood, 57 segundos.

Se apreciaba a simple vista que Hill estaba muy por delante de sus competidores. Pero el público no reaccionó celebrando la irrupción de un *cow-boy* excepcional. Al contrario, muchos silbaron y abuchearon a Hill.

—¡Uhhh! ¡Uhhhh!

—¡Fuera! ¡Fuera!

—¡Eso es tongo! ¡Tongo! ¡Trampas!

Mi madre, que tiene mucha personalidad, no se arrugó y aplaudió con fuerza. Ted y yo la acompañamos, encantados: a los niños nos gusta provocar.

—¡Bravo! ¡Muy bien!

—¡Hurra por Bud Hill!

En seguida se organizó la inevitable discusión. Un vaquero le dijo a mi madre:

—No debe aplaudirle. ¡Ha hecho trampa!

—¿Qué trampa?

—Montar un dromedario en vez de un caballo.

—Que yo sepa —respondió mi madre, sin inmutarse—, no hay ninguna norma que impida la participación de dromedarios.

—¡Pero el *Rope and Tie* siempre se ha hecho a caballo!

—¡Es la tradición! —gritó otro vaquero.

—También era la tradición —replicó mi madre— que las mujeres no participaran. ¡Y ahora hay *cowgirls*!

Las protestas se habían dirigido hacia la tribuna de los jueces. El juez principal, Jeremy Flynn, levantó los brazos para silenciar al público y declaró:

—Entre los artículos 38 y 43 de las *Reglas del Rodeo Australiano*, destinadas a regular el *Rope and Tie*, no se especifica en ningún momento que el jinete tenga que montar un caballo. Por tanto, la marca de Bud Hill y su dromedario Tommy es legal.

Hill levantó los brazos como si ya sujetara el trofeo de ganador y se retiró corriendo, porque los abucheos arreciaron y hasta le lanzaron botellas de plástico y latas de refresco vacías. Uno de los más indignados era Jim MacClure, un vaquero de Darwin que había ganado la edición del año anterior.

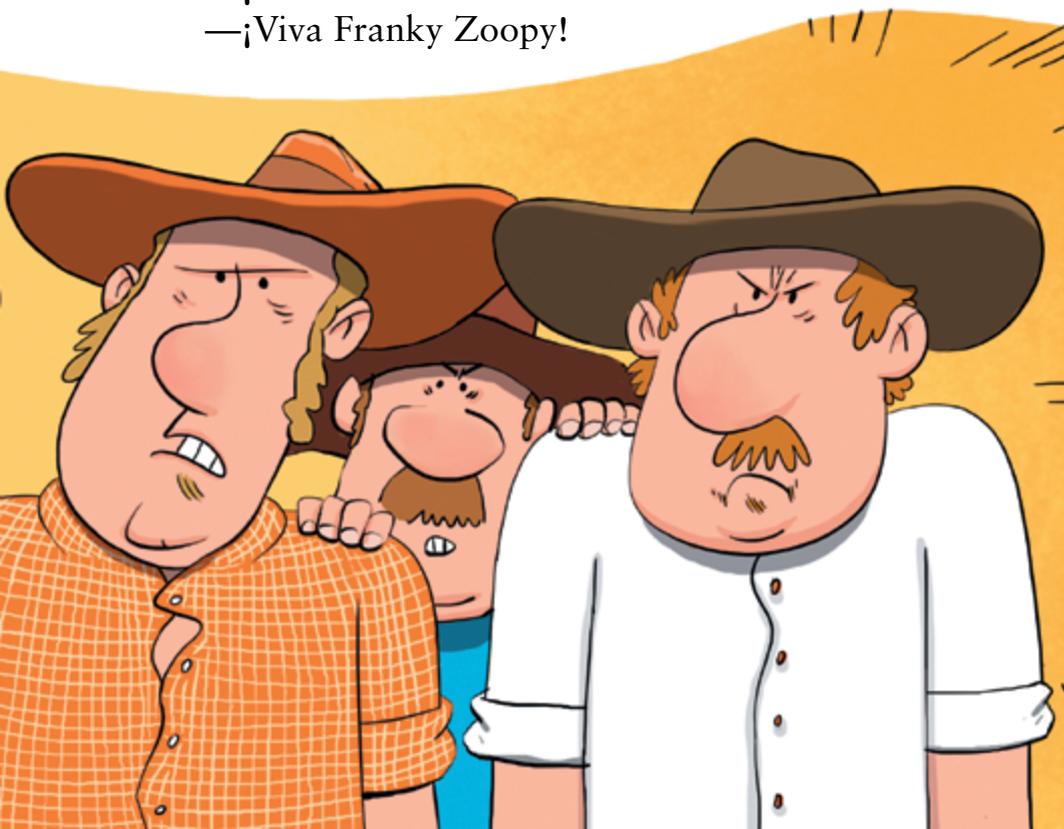


También estaba enfadado un personaje mucho más importante: Franky Zoopy, el presidente de la Asociación de Cowboys del Hemisferio Sur (ACOHS). Se reunió con un grupo de seguidores y anunció, entre vítores y aplausos, que nunca toleraría que un vulgar dromedario estropeará las más sagradas tradiciones del rodeo.

—Hablaré de nuevo con los jueces —proclamó—. Protestaré. Les presionaré. ¡Esto no quedará así!

—¡Hurra!

—¡Viva Franky Zoopy!



—¡Fuera los dromedarios!

Mientras nos retirábamos, mi madre negó con la cabeza y comentó:

—Esto no me gusta nada. Habrá problemas.

Y, como siempre, estaba en lo cierto.

Abandonamos las gradas y nos dirigimos a los establos. Bud Hill, que estaba cepillando la joroba de Tommy, nos dio la bienvenida:

—¡Hola, Laura! ¡Hola, niños! ¡*Sacrebleu!* ¿Os ha gustado mi actuación?

—Fantástica —respondió mi madre.

—Pero no todo el mundo está de acuerdo —añadió Ted, metiendo el dedo en la llaga.

—¡Son un hatajo de retrógrados, *sacrebleu!* —respondió Bud Hill—. Si MacClure, Zoopy y todos esos vaqueros malolientes mandaran, aún viviríamos en la Edad de Piedra. ¡*Sacrebleu!* ¡Los dromedarios son el futuro!

Mi madre no respondió e imaginé lo que pensaba: que el futuro no son los caballos ni los dromedarios, sino los ordenadores. ¿Quién sabe? Tal vez algún día veríamos rodeos con robots.

Por cierto: Bud Hill empleaba todo el tiempo la palabrota francesa «*sacrebleu!*», que podría traducirse por ‘¡qué diablos!’ o ‘¡maldita sea!’’. Era la exclamación favorita de su bisabuela Christine de Béziers, nacida en París. Al cabo de tres generacio-

nes, Bud Hill, que solo había visto París en fotos, seguía soltando «¡sacrebleu!» cada dos por tres.

Conversamos un rato, y cuando acabó de cepillar a Tommy, Bud salió del establo con un cubo.

—¿A dónde vas? —preguntó Ted.

—A por agua para Tommy, ¡sacrebleu!

—¿Agua? En las caballerizas hay mangueras y grifos. Mira...

Ted hizo girar el mando de un grifo, pero no salió ni una gota de agua. Se quedó pasmado y Hill se rio.

—¿Lo ves? Hay que traerla con cubos.

Salimos, siguiendo a Bud Hill. A unos cincuenta metros, había media docena de camiones cisterna con un logotipo donde ponía:

*Desert-Water*  
*El agua más pura del desierto.*  
*Un oasis de frescor.*

Hill hizo cola, llenó su cubo y regresó. Mi madre exclamó:

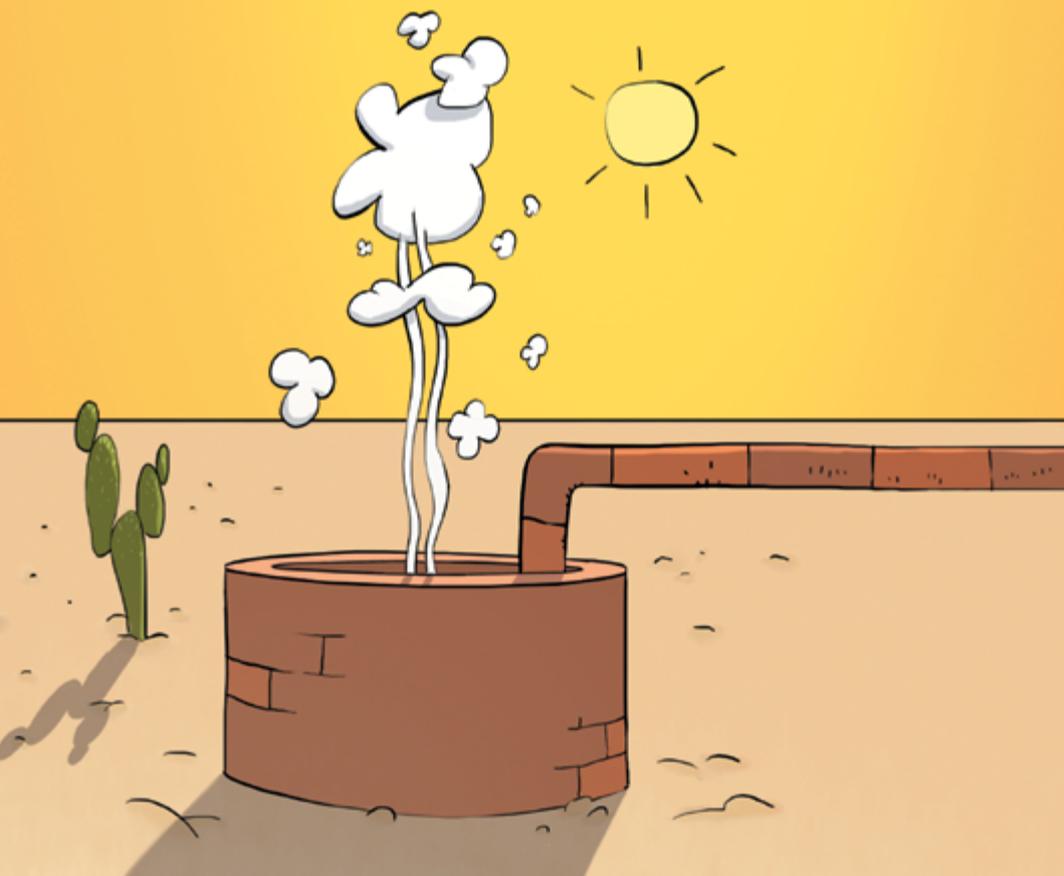
—No lo entiendo. ¿Por qué no hay agua corriente en el recinto del Gran Rodeo?

—¡Sacrebleu! Hace tiempo que tenemos problemas de suministro en la ciudad —respondió Hill—. ¿No lo sabías?

—Pues no.

—Solo nos enteramos los que tenemos ranchos y necesitamos agua para el ganado. El caso es que el viejo pozo está casi seco. ¡*Sacrebleu!* Hay que perforar otro y construir una nueva conducción del agua. Se han hecho prospecciones a unos 20 kilómetros al norte de Lake City, donde hay un gran yacimiento de agua subterránea.

—¿Y cuándo se realizarán las obras?



—Muy pronto. Mañana mismo nuestro alcalde, Tom Neville, tiene que firmar el contrato.

—¿Con quién? —respondió mi madre—. Espero que no sea con ese mafioso de Peter Trap.

Bud Hill soltó una carcajada y respondió:

—¡*Sacrebleu!* Pues lo has acertado. La empresa de Peter Trap, la Trap Corporation, se ocupará de las obras. El presupuesto es de un millón de dólares. Cuando acabe, el viejo Trap será un poco más millonario que antes.

A mamá no le gustó nada el asunto, porque no soportaba a Trap. Pero ¿qué podía hacer? Suspiró y cambió de tema.

—Mañana es la final del *Rope and Tie*, ¿verdad?

—Sí. ¡*Sacrebleu!* Tommy y yo tenemos el trofeo al alcance de la mano. ¿Vendréis?

—¡Por supuesto!

Pero el asunto no estaba tan claro como pudiera parecer. Recordad el título de este capítulo: «¿Qué pinta un dromedario en un rodeo?». En Lake City, había gente firmemente convencida de que no pintaba nada en absoluto, porque los rodeos son de los caballos, los terneros, los *cowboys* y las *cowgirls*.

Aquella noche, mi madre de acercó a la cama de Ted y le dijo:

—¿Ya has leído *La carta robada*, de Edgar Allan Poe?

—Ya lo haré —respondió Ted, sin apartar los ojos de un juego de su *tablet*.

—Es una historia policíaca. Seguro que te gusta.

—Ya la leeré mañana.

—Tendrás que hacerlo. El lunes debes entregar el trabajo en la escuela, ¿no?

—Sí, mamá. No te preocupes. Mañana, sin falta.

Mi madre suspiró, incrédula. Estaba segura que Ted encontraría cualquier excusa para no leer la historia. Y mi madre acertaba de lleno: a Ted le salió una excusa inmejorable.

La mañana siguiente, un Bud Hill sudoroso, tartamudo y sin sombrero llamó a la puerta de casa y gritó:

—¡To-to-tommy! ¡Ha-ha des-es-es-esa...!  
¡Desaparecido!

## EN LA MISMA COLECCIÓN:



**E**n el concurso de comedores de hamburguesas de Lake City, la Burger Challenge, ocurre algo inesperado: alguien roba la Hamburguesa Gigante, de 200 kilos, que debía servirse al final. El *sheriff* Finnegan inicia sus investigaciones y, como siempre, sus hijos Sara y Ted tiene que descifrar los misterios que se van presentando.